

RESEÑAS		CRÍTICA E INTERPRETACIÓN
Que no se cansen de cantar <i>Romances del Atrato. Cantos de la vida y de la muerte</i> ALEJANDRO TOBÓN RESTREPO Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 2016, 237 pp. EL ROMANCE es, según la definición que se encuentra en distintos diccionarios, una composición lírica de origen español que, a través de una sucesión indefinida de versos octosílabos con rima asonante en los versos pares (es decir, en el 2, 4, 6, 8...) y en los impares sueltos, relata historias con distintas temáticas que pueden, incluso, convertirse en crónicas sobre las inquietudes, experiencias, percepciones y acciones de las personas que forman parte de ese entramado cultural. Dichos romances tuvieron en el mundo importantes cultores y, a pesar de que aquella tradición fue desapareciendo poco a poco en muchos de los lugares donde se cultivaba, trasladó su práctica, por obvias razones, a otros escenarios en los que conquistadores y colonos españoles se hicieron presentes, como fue el caso del continente americano. De esta manera, el romancero fue una herramienta eficaz para la enseñanza del castellano y la evangelización, tanto de los indígenas como de los esclavos africanos, efectuadas por las órdenes religiosas. Esto dejó sembradas numerosas prácticas sociales y culturales que los habitantes del nuevo mundo imitaron, transformaron y recrearon de acuerdo con sus propias maneras de actuar, pensar y vivir. Uno de esos escenarios en los que el romance sobrevivió, se transformó y se hizo parte de nuevas manifestaciones culturales es el Pacífico colombiano, pues allí esta tradición se incorporó a los rituales de la cultura afrocolombiana, como los velorios y alumbrados de santos, lo cual, a pesar de la violencia y el desplazamiento que ha afrontado esta tierra, además de la llegada constante de músicas de otros contextos, permanece presente. El investigador, músico y docente Alejandro Tobón Restrepo llegó en 2003 a esa región como integrante de un equipo de trabajo de la Universi-	dad de Antioquia que trabajaba en un proyecto de la ONG Antioquia Presente para desarrollar una estrategia de recuperación psicosocial y seguridad alimentaria con los pobladores del Atrato Medio, entre Antioquia y Chocó. Este proyecto revestía gran importancia, no solo por el acostumbrado abandono al que esta zona del país y sus poblaciones han estado sometidas —que hacía desconocer muchas prácticas culturales o tender a verlas simplemente como expresiones “exóticas” —, sino, sobre todo, porque poco tiempo antes se había perpetrado la masacre de Bojayá, en la que, en un combate entre guerrilleros y paramilitares, murieron (según diferentes fuentes) entre 74 y 115 civiles. Esto generó un tremendo trauma en una población que tenía la necesidad de despedir a sus familiares y paisanos muertos, y que se preguntaba: “¿Cómo van a descansar en paz si no tuvimos oportunidad de cantarles alabaos, ni de hacerles la novena?” (p. 12). Sabiendo esto, Tobón se interesó por investigar a profundidad la tradición de los romances del Atrato, fundamentándose en la riqueza de los distintos géneros literario-musicales presentes en esos territorios, muchos de los cuales se encuentran vivos, tanto en las prácticas religiosas como en las celebraciones populares. Estas prácticas dejan ver, a través de los textos y algunas temáticas recurrentes, numerosas conexiones con tradiciones más antiguas, que ni siquiera en sus lugares de origen se ponen ya en práctica, cuestión de por sí muy interesante pues permite rescatar viejas expresiones culturales y, por supuesto, hacer un “viaje en el tiempo” a momentos en los que esas creaciones estaban en boga. Es claro que si una tradición no se cultiva, actualiza y desarrolla termina por desaparecer, algo que, según documentó el profesor Tobón, no ocurre con los romances del Pacífico y específicamente de ese sector del Atrato. Se trata de textos abiertos que se van ampliando, expresan gran creatividad y pueden tratar temas de actualidad, dejando manifiesta una cultura viva que a pesar de la violencia —física y social— existente en la zona ha podido seguir recreando sus historias tristes o alegres, tradicionales o contemporá-	neas, jocosas o melancólicas. De esta manera, los cantos, que daban cuenta de diferentes realidades, tanto de la historia de los pueblos (o la que llegó a través de los conquistadores), como de las situaciones de la vida cotidiana, consolidaron una importante forma de expresión que bien vale la pena identificar, codificar y preservar. El libro, con una bonita —y sencilla— presentación, cuenta con cinco capítulos que van llevando al lector, poco a poco, a entender la tradición del romance, tanto en sus lugares de origen como en las manifestaciones actuales que, indudablemente, se enfrentan a otras prácticas musicales que ponen en cuestionamiento su propia supervivencia. El primer capítulo, titulado “El romancero: un largo camino para hacerse negro”, se refiere al devenir histórico de esa expresión, la cual tuvo importantes y reconocidos gestores eruditos, así como una tradición oral y de escritores provenientes de los sectores populares. En este capítulo, Tobón, sustentándose en numerosas investigaciones, relata cómo se consolidó esta expresión y la forma en que, a través de la Conquista española, llegó a los territorios americanos convirtiéndose en una herramienta útil para la evangelización y “conversión” de numerosas poblaciones. Claro está que en América la tradición erudita de algunos romances no fue tan fuerte (a pesar de que algunos demuestran el “pensamiento ilustrado” del Nuevo Mundo, y el autor no olvida mencionarlos), en comparación con la manera en que estos se acomodaron a las expresiones populares que, en el marco de un encuentro —como bien se sabe, bastante violento— de diferentes culturas, empezaron a expandirse y a ganar vida propia. Más adelante, Tobón describe y analiza la práctica del romance en Colombia, haciendo mención de sus importantes cultores —y de las recopilaciones y los estudios sobre el tema—, para luego pasar específicamente a los romances atrateños o, como dice el autor, al momento en que “el romance se hizo negro”. En este aparte, Tobón contextualiza esas prácticas artísticas con realidades como la esclavitud, la evangelización, el abandono político, las dificultades económicas y, por su-

CRÍTICA E INTERPRETACIÓN		RESEÑAS
puesto, la difícil situación social que históricamente se ha presentado en esos territorios. El segundo capítulo, “Un antiguo-nuevo romancero o el romance negro del Atrato”, describe la forma en que, basándose en textos antiguos o tradicionales, el romancero “se traslada y transforma, aparece y desaparece en las nuevas dinámicas culturales” (p. 55), analizando los rituales tradicionales y entendiendo las transformaciones en las dinámicas sociales de la región. Tobón analiza el desarrollo de varias expresiones del romancero atrateño y las describe de acuerdo con sus temáticas o usos en distintas actividades sociales y culturales, estableciendo una distinción entre las que tocan temas religiosos o funerarios, y las que abordan temáticas profanas. Así, es posible identificar, entre estas dos categorías básicas, romances de alumbramientos y santos, de muertos y de ancestros, religiosos, sobre la muerte, de gualí (enmarcados en un universo de fiesta y de juego que se cruza con la muerte de un niño), novelescos, arrullos y rondas infantiles, entre otros. Tobón finalmente describe cada uno de esos romances mediante sus letras, estribillos, ritmos, melodías y armonías (que organiza a través de partituras), lo cual, por supuesto, aterriza y enriquece en gran manera el relato. El tercer capítulo se titula “De las resignificaciones del romancero. ¡Canten, mujeres, no se cansen de cantar!”, sin duda un muy bonito título que manifiesta una intención —y un deseo— del autor para que esas tradiciones culturales continúen presentes en la cotidianidad de las poblaciones del Atrato, las cuales han sufrido, a lo largo del tiempo, todo tipo de dificultades, incluyendo ataques a las culturas ancestrales. Tobón describe aquí un “nuevo romancero”, es decir, textos que no pertenecen a la tradición pero que son usados en contextos populares, mencionando otros tipos de romances como el político, el social y el descriptivo. Y, claro, también se refiere a los usos y funciones de los nuevos romances que, para permanecer vivos, se acomodan a nuevos contextos, absorben diferentes influencias y plantean diversas temáticas, como reflejos de la vida cotidiana actual. El cuarto capítulo, “Una propuesta de clasificación para los romances de	la cuenca del río Atrato”, propone una organización temática, literaria y sonora de los distintos romances, con lo cual el autor recoge las descripciones dadas anteriormente y plantea una clasificación que parece bastante coherente. El quinto y último capítulo se titula “¿Qué dice la tambora? ¡Ay! Señor, lo que oye...”, y analiza específicamente el romance “Las señas del esposo”, una extensa obra con más de 500 años de pervivencia y que, no solo en el Atrato, sino en varios lugares de América, se desarrolló y acomodó al habla, a las experiencias, realidades y contextos de cada territorio. Valdría la pena preguntarse si, en realidad, algunas creaciones musicales modernas tienen que ver con la tradición del romancero, o si obedecen, más bien, a otras prácticas producto de culturas de otros contextos que, en el marco del desplazamiento, la globalización y el desarrollo de los medios de información, han generado innegables transformaciones en la cotidianidad de las personas. El profundo análisis musicológico y letrístico, la descripción social de los contextos, las reflexiones sobre los escenarios geográficos, sociales, económicos y culturales, así como la extensa investigación del profesor Tobón Restrepo, hacen de <i>Romances del Atrato. Cantos de la vida y de la muerte</i> un importante trabajo para contarnos no solo sobre una expresión cultural rica, abierta y afortunadamente contemporánea, sino también sobre nuestro propio país, tan diverso, heterogéneo, contradictorio y, a la vez, tan vivo. Por eso bien vale decir, tal y como afirma el autor, que ojalá allá —y acá— nunca se cansen —nos cansemos— de cantar. Petrít Baquero	